

Hugo Lindo

## Panorama de la literatura salvadoreña<sup>(1)</sup>



SEAN mis primeras palabras la voz de la gratitud. Porque la Alianza de Intelectuales me honra con una invitación que no merezco: la de ocupar este recinto ilustre por donde tantas personalidades han pasado regando simiente de sabiduría. Yo acepto así, conocedor de mi falta de luces, porque traigo la palpitación de una tierra lejana: de mi tierra. Y porque entiendo que la cultura en América ha de ser como un sacerdocio militante. Eso es todo.

No pretendo dar un desarrollo completo de la Historia Literaria Centro Americana. Sé que aún restringiéndome a la de El Salvador, habría de fracasar en mi empeño. Y la razón suprema con que me afirmo en esta idea, es la de que no soy un

---

(1) Poeta salvadoreño, recién llegado a Chile donde permanecerá una larga temporada.

Hugo Lindo, bachiller en Ciencias y Letras, ha ejercido el magisterio en el Instituto Nacional de El Salvador, en la asignatura de Gramática.

Es un poeta de fina sensibilidad, colocado milagrosamente donde termina el clasicismo y empiezan las nuevas formas poéticas.

Su pimer libro «Clavelia», colección de romances, es del año 1936.

Tiene la intención de editar en Chile dos volúmenes de poesías.

El estudio que hoy publicamos es un interesante panorama de la literatura salvadoreña, desde la Colonia hasta nuestros días.

historiógrafo. Presentaré a vuestros ojos tres panoramas, No dibujados con la finura y exactitud del pincel, sino plasmados a brochazos gordos. Soy más amigo del color que de la línea.

Un actor diría que esta es una charla en tres actos y un cuadro. El primer acto se llamaría entonces «Literatura Colonial de Centro América», el segundo «Poesía romántica de El Salvador» y el tercero «Poesía actual del mismo rincón geográfico». El cuadro final, es una idea del cuento típicamente salvadoreño, de su nacimiento, desarrollo y perspectivas.

Poesía y cuento. No porque allá no florezcan las otras manifestaciones artísticas o literarias, sino porque C. A. es una princesa indígena que sueña, recita y relata. ¿Figura retórica? No vacía. Figura que es verdad. También canta la princesa, mas yo no podría contaros de su música.

## I.—LA COLONIA

Tiene Guatemala el cetro. Allí frailes y capitanes de mosta-cho y chambergo allí casonas blancas de adobe y arcos, y misas y reuniones doctas, y gay saber. Fuera de Santiago de los Caballeros de Guatemala, nada hacía la época, sino Gobernadores, gendarmes, beatas abuelas risueñas y jóvenes con ambición de llegar algún día a las aulas políisabias de los clérigos de Guatemala, graves lectores de humanas y divinas letras. En Santiago de los Caballeros hubo, pues, de incubarse la cultura regional, para desparramarse luego por todo el istmo. Es lo que yo llamo el «mester de clerecía» centro americano, porque las primeras rimas y los primeros secretos técnicos fueron aquí, como antaño en San Millán de la Cogulla, patrimonio de monast-  
tas y doctores.

El nombre prístino es el de Rafael Landívar, Hijo de padres iberos había de ser cura o militar. Fué cura. Aprendió polvo-rientos incunables y recibió la lengua de Virgilio. Buscó los caminos de una *sermo-mobilis*, y por ellos arribó a la cumbre de

su poema «Rusticatis Mexicana». Los hijos del Lacio dábanle su expresión; pero su númen habíase engendrado en el cerebro de Aristóteles, había sufrido la pasión de Jesús y tenía savias rancias y soleadas de la España vigorosa.

¿Místico? Si. Mas no a la manera de Berceo, delicado y milagrero y mal hablado, ni como el Arcipreste de Hita. Como él mismo, nada más. Como Rafael Landívar.

Su voz no tiene la inspiración del Espíritu Santo: es la palabra del espíritu humano, pleno de asombros y contradicciones, sufrido en los infiernos de la duda y reclinado después, como alguien dijera, «en la dulce almohada católica». No es Landívar el ángel: es algo más: el hombre de fe. De una fe, inquebrantable, íntegra, sobrenatural. José Castro afirma: «como un Balmes que versificara». Me adhiero a la frase, con una salvedad: ha de aplicarse ella exclusivamente al aspecto de unidad filosófica, de completa estructura de convicciones, sin estilos, modalidades ni desmayos, que hay en las obras de ambos varones. En el resto, no. «Un Balmes que versificara» tendría aliento de pensador, no de poeta. Y éste sí que lo tiene Landívar. No la ampulosidad horaciana, ni la profundidad del clásico citereda de los Mecenas, cuando digo «aliento poético» afirmo otra cosa. Ciertamente que, a mi ver, el poeta es vidente, y está situado a la orilla del Kosmos, a la vera del asombro. Así, ha de ser grandioso. Pero hay mil maneras de ser grandioso. Y Landívar lo es en la ternura, en ese valor inefable del espíritu, que es, por antítesis, colosal e ínfimo, prepotente y débil. Landívar no se presenta «Con una gran fanfarria de roncós olifantes», según reza el poema de Juan Ramón Molina, sino con la suavidad de la miel de abejas que deslizara sobre un cristal diáfano.

Perteneciente a la Sociedad Jesuítica, Landívar sufrió la expulsión que en tiempos de Clemente XIII decretara el rey de España para todos los miembros de dicha organización que ejerciesen el ministerio católico en sus dominios de Indias, y a Bolonia fué a parar, nadie sabe cómo. Si allá compuso todo el

poema «*Rusticatis Mexicana*» o sólo hubo de cuidarlo y pulirlo, es cosa que la Historia no recuerda. Mas parece que lo inició cuando salía de Guatemala, por la tierna despedida con que dedica el libro a la exhuberante tierra del Quetzal:

«Salve, cara Parens, dulcis Goathemala, salve,  
de delicius vitae, pons origo meas».

Quince libros y un apéndice constituyen la obra, que trae reminiscencias de las geórgicas y nos inclina a recordar la oda «A la Agricultura en la Zona Tórrida» de Andrés Bello. Canta Landívar al campo guatemalense, y sus cultivos, hace una apología de la caña de azúcar y su industria. ¿Por qué, entonces, el nombre «*Rusticatis Mexicana*»? Porque trata de *re rustica*, y Europa, a la razón, tiene tan vaga idea de las Indias Occidentales que a todas las agrupa y confunde bajo la denominación de México.

Domingo Diéguez, uno de los más acertados traductores de Rafael Landívar, nos da magrífica versión castellana del poema. Con esta estrofa, inicia la dedicatoria:

¡Salud, salud, oh dulce Guatemala,  
origen y delicia de mi vida.  
Deja, hermosa, que traiga a la memoria  
las dotes, las ofrendas que convidas;  
tus fuentes agradables, tus mercados,  
tus templos, tus hogares y tu clima.  
Ya me parece que tus altos montes  
a lo lejos mi vista determina,  
y las praderas y campiñas verdes  
que eterna primavera fertiliza.

El Padre Landívar murió en Bo'onia y en la Iglesia de Santa María Muratelle recibieron sus restos piadosa sepultura.

El Dr. Rafael García Goyena, por muchos títulos ilustre, no nació en Centro América, sino en Guayaquil; pero tan joven llegó a Guatemala, tanto amó aquélla tierra dadivosa que le prestó clima propicio para el desarrollo de sus múltiples talentos, que las obras surgidas de su ingenio entiéndense como incorporadas al acervo literario del istmo. Con razón ha sido llamado García Goyena el Lafontaine de América. Fabulista de fino ojo para apreciar las costumbres y de ágil númen, el guayaquileño rayó a estupenda altura dentro de su género. Tiene García Goyena lo que falta a muchos escritores de la época: naturalidad, fluidez. Sus versos brotan espontáneos, como una conversación cordial. Pero son muy largos. Por eso me resisto a leerlos alguno. Vaya, en remplazo, una anécdota que habla del ingenio de este varón: como García Goyena contrajese matrimonio clandestino con una damisela de Guatemala, siendo él aún muy joven, y no habiendo concluído sus estudios, fué internado, a guisa de castigo, en el Colegio de Cristo. Un lego, de apellido Zelaya, encargábase de despertar por la mañana a los educandos, mediante toques de campana, y el reprendido cónyuge había de tolerarlo, por las buenas o las malas, y levantarse de la cama cuando Morfeo tenía más seductoras tentaciones. Poco después, la familia decidió sacarlo de ese monasterio y enviarlo a La Habana, «para mientras se arreglaban las cosas», según el decir de entonces y de ahora. Salía el joven, arrepentido, acongojado y afligido por un futuro lleno de interminables expiaciones, cuando acertó a pasar frente a él el lego Zelaya. Y entonces, vivaz, como si nada lo atormentase, el futuro fabulista le endilgó esta quarteta improvisada:

Adiós, Zelaya, mi amigo  
ya a despertarme no vaya,  
que si con otros se la halla  
ya no se la halla conmigo.

Fray Matías de Córdoba es otro de los valores destacados de aquél momento histórico. Nosotros nos limitamos a citar su nombre, porque, lo declaramos con franqueza, ni hemos encontrado en Chile poemas y datos biográficos, ni recordamos con certeza sus rasgos sobresalientes. Ni en la escuela ni en la vida los aprendimos con solidez.

Viene luego una figura interesante: la de José Batres Montúfar, nacido en San Salvador en 1809, cuando ya la Colonia Española tenía sus minutos contados. Hombre de gran ingenio fué Pepe Batres. Mordaz, cuando quería serlo. Picaresco las más veces. Casi toda su producción—y es copiosa—fué escrita en octavas juntas. Oíd la forma en que ataca al Gobierno de Guatemala, cuando ya se había emancipado la región, por el vicio de ver fáciles los más complejos asuntos y resueltos los problemas pendientes:

¡Tremenda sinrazón! pero yo creo  
que el mundo de otra cosa no está lleno;  
lo infiero así de todo cuanto veo,  
de mi propio destino y del ajeno:  
Siempre llama venal al Juez el reo,  
el amante al marido llama obsceno,  
al pobre llama infame el usurero  
como el contrabandista al aduanero.

Pero todo va bien; es bueno todo  
en nuestro dichosísimo planeta:  
Todo está calculado de tal modo  
que reine la armonía más completa,  
en mi querida patria, sobre todo,  
al menos, conste así de la Gaceta:  
Dejémoslo rodar, y mientras rueda  
Gustemo: bien el tiempo que nos queda.

Vaya otra muestra, por si la primera fué de vuestro agrado:

«Y no obstante el estar enamorada  
hizo la resistencia más lucida,  
cual valerosa guarnición sitiada,  
antes de dar la plaza por vencida:  
El «no puedo», el «no debo», el «soy casada»  
a su tiempo vinieron: en seguida,  
un silencio obstinado, un aire inquieto,  
por último el encargo del secreto.

Guardar secreto es condición forzosa  
que impone la mujer con el objeto  
de mostrar que si cede, es pesarosa:  
«Te quiero pero guárdame el secreto»,  
y el hombre, por jurar alguna cosa,  
le jura con mil cruces ser discreto:  
Ambos juran callar, ¡y a sus amigos  
del juramento ponen por testigos!

Sin tomar en cuenta a Batres Montúfar que, nacido en San Salvador, se incorporó a la literatura guatemalteca, podemos decir que el primer citereda salvadoreño fué Miguel Alvarez Castro, tribuno y hombre público. No tiene el ingenio de José Batres, ni elevados instantes líricos; pero es sencillo y ameno. Su verso se presenta correcto y sin retoques. Quizá por ello sobrevivió a los de otros poetas que, sin duda, hubieron de existir por entonces allá. Escuchad los dones diáfanos con que inicia su «Oda al Ciudadano José del Valle».

Al par de los robustos  
árboles corpulentos,  
o del cedro que altivo se levanta,

no es dado a los arbustos  
formar altos intentos;  
y al par de la dulcísima garganta  
con que el jilguero canta,  
la débil avecilla  
teme soltar su voz, teme y se humilla.

## II.—POESÍA ROMÁNTICA SALVADOREÑA.—GENERACIÓN DEL 80

Hemos de saltar sobre algunos nombres para llegar a la generación romántica que floreció en 1880. No porque ignoremos o pretendamos ignorar a Juan José Bernal, Antonio Najarro, Calixto Velado, Antonia Galindo y otros citeredas de relieve en las letras salvadoreñas, sino porque, honradamente, estimamos que el momento culminante de las letras patrias, antes del advenimiento de los poetas actuales, está señalado por Francisco Gavidia, Vicente Acosta, Ramón Mayorga Rivas, Joaquín Méndez y algunos más que olvidamos.

Entonces hay una especie de reacción contra el poemita ridículo, almibarado y torpemente dolorido, que sin remedio ha de patentar un título de éstos: «A mi amigo don Fulano de Tal, en su día de días»; «En el album de la señorita J. S.» «A la Patria»; «Ante la tumba del General Zutano». ¡Aquello no podía continuar! He revisado muchas, muchas de esas páginas viejas y llegué a la misma conclusión: ¡Aquello no podía continuar! Gran parte de los nombres que El Salvador venera y cuida con profundo celo, merecen los arranques de un iconoclasta rabioso. Páginas vacías, o llenas de ripios, que es peor. Todo consistía entonces en medir bien el endecasílabo o en dominar las reglas del soneto. Hay excepciones, por supuesto; pero estimo, a pesar de las excepciones, que esa época no hizo época en la poesía de El Salvador.

Digamos algo de Francisco Antonio Gavidia, nacido en la ciudad oriental de San Miguel el año de gracia de 1863. Vive

aún. Nosotros conocemos su modestia asombrosa y sincera. Conocemos su quietud y su inquietud, y sabemos del afán paternal de este gran hombre.

Es bajo y gordo. En el mentón ostenta un ensayo fracasado de barba: tres pelos indios para caricatura. Estuvo en París, y porque vió una injusticia, se tiró a las aguas del Sena. Lo sacaron medio ahogado. Es todo un sabio. La Enciclopedia Espasa ha recogido su nombre. Conoce lenguas muertas y vivas, Ciencias Naturales, Matemáticas, es indigenista e historiógrafo de primera fuerza, ha hecho profundos estudios de teoría musical y es ex-profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad de El Salvador, la cual, se honra en darle el título de Dr. Honoris Causa.

Este hombre polifacético y portentoso es el poeta. Vive una humilde y decorosa ancianidad, entregado siempre a sus libros y papeles

Su obra poética tiene 4 aspectos principales, a mi ver. El primero de estos aspectos es puramente de orden técnico, y nadie, sin saberlo, sospecharía, en viendo al Maestro aferrado a los hexámetros, que él, desde su escritorio anónimo en la Rep. de El Salvador, fué uno de los precursores del modernismo literario cuya labor tuvo más efectividad.

Sin embargo, así fué. En San Salvador cultivó profunda y estrecha amistad con Rubén Darío y entregó a éste la llave con que abrió las puertas de la gloria: el alejandrino francés en idioma castellano. La historia de este punto no puede explanarse en breves palabras, y déjola para otra ocasión, si ella se presenta.

El segundo aspecto de la poesía de Gavidia es la enjundia filosófica. Amador de las deidades hebreas, griegas y nórdicas y latinas y americanas, Gavidia las unifica y explica en poemas de enorme erudición, versificación perfecta y emotividad pobre. Sí. Es toda una herejía, pero es mi verdad. Estoy obligado a decirla.

Su Teatro en verso es la tercera faceta. Casi 40 obras, en-

tre publicadas e inéditas, forman la colección. Anima a Gavidia el deseo de lograr para América un Teatro que, siendo suyo íntegramente, participe de la grandiosidad de las comedias y tragedias de La Hélade inmortal.

Y, por último, me interesan los chispazos emocionales de este vate sabio y razonador, pocos en verdad, en obra tan copiosa.

Desde el cielo, Eloísa,  
vuelve hacia mí los ojos:  
mira, estos son los versos  
de tu Francisco Antonio,

escribía el poeta a su madre muerta, en 1884, al dedicar a su memoria el primer tomo de versos. Ese fué el atisbo por rutas de dulcedumbre. Más tarde había de llegar a concebir «La Ofrenda del Brahmán», que, por su diafanidad de sentimiento, me parece aventajar a toda su obra crudita y pesada. Oíd, esta estrofa, que es la única encontrada en mi archivo:

Yo era un Brahmán, conocedor del Veda,  
yo me vestía mi ropón de seda  
y al concurso de santos y de sabios  
oía, cual rumor de la arboleda  
toda la inspiración, la ciencia toda  
manar, al escaparse de mis labios  
los versos de Valmiki, en la Pagoda.

Hay en C. A. un árbol que se llama «árbol de fuego» y durante el verano se cubre totalmente de flores rojas. Vicente Acosta le cantó así:

Arbol: bajo la púrpura florida  
de tu copa que mayo ha engalanado,  
acaso alguna vez mi bien amado  
Llegue a buscar tu sombra apetecida.

Para entonces la música sentida  
de tus pájaros, guarda enamorado  
y en el soplo más fresco y perfumado  
envuélvela, que es vida de mi vida.

En tu manto imperial de tinta roja  
envuelta, la canción de los amores,  
de sus labios es bueno que recojas.

Bríndale tus tesoros y esplendores,  
bésala con el beso de tus hojas  
y báñala en la lluvia de tus flores.

Y vaya, para concluir esta parte, el soneto de Román Mayorga Rivas, que se titula «Odor di femina»:

Era austero y sesudo: no existía  
fraile más ejemplar en el convento;  
en su escuálido rostro macilento  
un poema de llanto se leía.

Una vez que en la extensa librería  
hojeaba triste un libro amarillento,  
cayó, convulso y torvo, de su asiento,  
sin vida en la marmórea losa fría.

¿De qué el fray moriría?—No hay historia  
en el claustro, que de ello haga memoria,  
y velan la verdad misterios hondos;

más cuentan que un bibliófilo comprara  
el libro extraño, y que, al abrirlo, hallara  
unos cabellos de mujer, muy blondos...

## III.—POESÍA ACTUAL DE EL SALVADOR.—LO MODERNO Y LO MODERNISTA

Hablando de otra cosa, decía yo que lo moderno, en arte, es algo esencialmente distinto de lo modernista. Me explicaré: para mí, lo moderno es lo actual y eterno, y lo modernista, lo actual, nada más. Porque el modernismo, quiérase que nó, es un *ismo*, una de aquéllas denominaciones que sirven para señalar a las escuelas. Y la escuela, en cualquiera de las manifestaciones artísticas, no es otra cosa que la limitación del arte, la sujeción de las potencias internas a determinadas normas, ya de concepción, ya de realización.

¿Lleva lo modernista un sentido? Parece que sí. Me atrevería a decir que busca el deleite en la complicación. El pensamiento es alambicado, el sentimiento un tanto ficticio, y la palabra encontrada con lupa dentro de gruesos diccionarios. Hay aquí algo de Góngora. Las modas vuelven, decimos. Como la falda de la mujer estira y encoge, el verso se renueva en fuentes arcaicas. Lo modernista no es síntesis: es rompecabezas. No exige sensibilidad, sino dotes adivinatorias.

Lo moderno, en cambio—lo eterno, insistimos—lleva la ruta opuesta. Busca diafanidad y concisión. Ello nos explica por qué en estos tiempos, la poesía presenta esas dos tendencias opuestas: por qué los unos quieren ser modernistas y los otros son modernos.

Cierto es que tenemos que reaccionar contra muchos vicios de la poesía finisecular, poesía es Filosofía, no piropo. Pasó, sin duda, el instante de alabar en forma intrascendente los «labios de fresa» y las «mejillas de grana» y los «dientes de perlas». Para la música anémica de Agustín Lara, está bien. Para la poesía, no. Es rebajarla, relajarla. Pero de ésto a que complicásemos el sentido de la metáfora e hiciéramos de ella una charada, hay ya diferencia.

Sigo creyendo que el problema de la poesía actual no es simplemente un problema de métrica. Y hay pruebas contundentes, irrefutables: en el García Lorca moderno—porque hay otro modernista, y no me interesa—; en el García Lorca moderno, digo, aparece una forma clásica, genuinamente española y arcaica: el romance. Son los ocho caballos sonoros del Poema del Mío Cid, que riman sus cascos un tiempo sí, un tiempo no. Octosílabos perfectos, tallados conforme a la más vieja técnica, han permitido al poeta hacer aquéllas figuras indudablemente modernas y eternas de la Casada Infiel: «con el aire se batían— las espadas de los lirios». No es un problema de métrica nuestro problema. Encontrar nueva fórmula de expresión no es nuestro intento. Gavidia y Darío nos dieron el alejandrino francés, y pronto se vulgarizó. Es problema de sinceridad, de genio, de sensibilidad.

Yo sé decir, con absoluta lealtad, que en El Salvador no ha encontrado eco el modernismo, pero sí la modernidad. Cada día el poeta se torna más diáfano, más cristalino y menos perecedero. Para prueba está aquí el Blasón de Alberto Masferrer:

### BLASÓN

Un andrajo de vida me queda: se perdió  
 en misérrimas luchas lo que era fuerza y flor;  
 rateros y falsarios hacen explotación  
 de mi luz, de mi anhelo, de mi fe y mi valor;  
 ¡Cuánta odiosa mentira serví, sin querer, yo...!  
 ¡Cuánto lucro y engaño con mi luz se amasó...!  
 Porque fuí humilde y simple, porque en toda ocasión,  
 creí que quien me hablaba tenía sed de Dios...

---

Lo que no profanaron los demás, lo mejor  
que me diera el Destino, eso lo manché yo:  
porque siempre fuí débil, inestable, y porque soy,  
¡tal vez, un pobre loco que enloqueció el fervor!  
Y entre el diablo y el mundo hicieron de mi sol,  
en vez de luz, tinieblas, en vez de paz, dolor...  
Mas yo no culpo a nadie de mis caídas, no,  
ni me inquieta un instante mi justificación:  
Si por necia o por débil mi vida fracasó,  
y en mi jardín florecen el mal y el error,  
inútil ya sería saber si he sido yo  
el culpab'e, o la víctima de una maquinación.

Si el fruto está podrido, es que el gusano halló  
en él propicio ambiente para su corrupción.  
¿Fué la obra de un demonio, del azar o de un dios?  
Es igual... no revive la flor que se agostó...

¿No es ésta una amargura íntima? Alguien me diría que el poema no es moderno. Y yo le preguntaría por qué. La asonancia en O es sin duda un defecto técnico; pero hay aquí un aliento humano, que no puede sujetarse a la técnica. Hay una sensibilidad nueva y una metáfora ardida en inquietudes inenarrables. Que el poema pudo haber sido escrito hace ochenta años? Bien: esa es modernidad, en el sentido de eternidad que yo le asigno. Es, en suma, la personalidad del poeta, fluyendo sin ambages ni mentiras, exenta de ¡Ayes! ¡Ohes! y todo el artificio del romanticismo fracasado. Va surgiendo un nuevo romanticismo, puro, poéticamente puro. Recordamos los versos de Darío: «¿Quién que es, no es romántico?» Y aquéllos otros, aplicables también: «De desnuda que está, brilla la estrella».

Alfredo Espino viene a corroborar mi afirmación de que en El Salvador no ha encontrado eco el modernismo. Escuchad dos poemas suyos, *Las manos de mi madre* y *el nido*, y juzgad por vosotros mismos:

Manos las de mi madre, tan acariciadoras,  
tan de seda, tan de ella, blancas y bienhechoras...  
¡Sólo ellas son las santas, sólo ellas son las que aman,  
las que todo prodigan y nada me reclaman!  
¡Las que por aliviarme de dudas y querellas,  
me sacan las espinas y se las clavan ellas!

Para el ardor ingrato de recónditas penas,  
no hay como la frescura de esas dos azucenas.  
¡Ellas cuando la vida deja mis flores mustias  
son dos milagros blancos apaciguando angustias!  
Y cuando del destino me accsan las maldades,  
son dos alas de paz sobre mis tempestades...

### EL NIDO

Es porque un pajarillo de la montaña, ha hecho  
en el hueco de un árbol su nido matinal,  
que el árbol amanece con música en el pecho  
como que si tuviera corazón musical.

Si el dulce pajarillo por entre el hueco asoma  
para beber rocío, para beber aroma,  
el árbol de la sierra me da la sensación  
de que se le ha salido, cantando, el corazón.

Los versos que acabamos de leer son la expresión fiel de un espíritu. Alguien me preguntaba sobre la poesía de esta generación en mi tierra: yo sabría decirle que es, sobre todas las cosas, sincera, y, en consecuencia, varia. No elaboramos un material poético en sociedad: no tenemos un molde o patrón para hacer versos nuevos. Cada uno labora conforme a sus propias fuerzas y direcciones, y así va surgiendo, paso a paso, una antología de legítimos valores.

Serafín Quiteño es un poeta auténtico. Bajo, moreno delgado. Tiembla con inefables temblores, y produce con espontaneidad magnífica. Escuchad el

MENSAJE DEL CORAZÓN CON S.

Por mi angustia y mi sed va tu presencia  
de una luz de milagro enardecida  
y eres en los confines de la ausencia  
como un puerto a las puertas de la vida.

Y nada te robaron los caminos,  
porque al través de insólita aventura,  
me han seguido tus dos ojos divinos  
como dos madrigales de ternura.

Por la desolación en que me pierdo  
la adversidad marcó fúnebres trazos  
y ha pasado arrullando tu recuerdo  
como un niño dormido entre los brazos.

¿Lo ves? Mi pobre *Corasón* de antaño  
sabe expresarse en el romance viejo  
y en los misterios de su fondo huraño  
guarda un lento sabor de vino añejo.

Conjuga verbos plácidos... No sabe  
más que cosas inútiles y bellas:  
irse en el vuelo manso de las aves...  
ver como van naciendo las estrellas...  
derrochar en un lírico derroche  
frases como rosarios de luceros  
y caer de sus ímpetus sinceros  
como un tiesto con flores en la noche;

no tener experiencias ni rencores  
y estar desprevenido y ser inerme:  
como la mansedumbre de las flores  
y el canto azul que en el azul se duerme.

Hablar con voz de sencillez labriega;  
«para siempre»,... «ya nunca»... «toda mía»...  
¿Qué es el pobre sino un niño que juega  
en el jardín de la melancolía?

Y es que el amor de ayer y de mañana  
y el de hoy se arropan con la misma veste  
y están como la sed y la fontana  
bajo la misma lámpara celeste.

Amor de grandes ojos inocentes,  
de crenchas rubias y palabras tiernas,  
irreal, cual las cosas transparentes,  
excelso, en sus girándulas eternas.

Amor que va descalzo y sin abrigo  
y se da sin reservas, gota a gota,  
con una gran ternura de mendigo  
y un místico abandono de ala rota.

He descendido hasta la sima oscura  
de los oscuros filtros femeninos,  
donde acecha, temblando, la pavora  
y equivocan su rumbo los destinos.

Sé de estarse en secreto, arrodillado  
bajo los ojos del remordimiento  
y sentir el amor crucificado  
y el pensamiento inestable, como el viento.

Pero de todo mal, como a gracia  
de las antiguas vírgenes cristianas  
me ha salvado la pálida eficacia  
de tus manos angélicas y hermanas.

Y por que estás en mí como una estrella  
y en lo lejano resplandece y ardes  
y vive aun de devoción, aquella  
de llevarte jazmines por las tardes;

por la vieja ilusión desfallecida  
y aquel fervor abierto como un ruego  
y aquel buscarse con los ojos ciegos  
por la noche sin rumbo de la vida;

Por las pupilas húmedas de Grisko  
nuestro perrito cariñoso y bueno,  
y aquel asombro tuyo, tan arisco,  
y aquel perfil de diosa tan sereno.

Por todo eso, alma mía, por todo eso:  
por tu dulce costumbre de estar triste  
por tu amor silencioso, y por el beso  
que me pudiste dar y no me diste,

Desde un ángulo amargo del olvido,  
en que un negro pavor la sombra acrece,  
te envió esta canción, como un latido  
de mi sencillo corasón con ese.

A mi generación, que es la última, la influenciaron dos poetas de valía reconocida: García Lorca y Pablo Neruda. Ambos tienen, como antes dije, el doble aspecto de modernos y modernistas. Fueron ellos, modernos, los que influenciaron a mi gene-

ración. Era menester, aun no había llegado la hora de que cada uno de nosotros soltase el canto de su propia garganta. La influencia de Neruda se marcó especialmente en los versos del nervioso Pedro Geoffroy Rivas, el joven santaneco. Vaya una prueba:

POEMA DE «RUMBO»

Era en noviembre y sin embargo tu beso estaba en flor  
eras el traje rojo y la sonrisa clara.

Yo anhelaba ser indio por pintar una jícara.

Eras el beso quieto. Eras la mano buena.

El otoño te amaba también con mi locura  
y en tí cantaba su canción de bruma.

Eras la carne triste y el corazón en llama.

Altos—altos—

os pinos le decían al viento tu amargura.

Aquí te amé.

aquí te amé

mujer distante y todavía mía.

Contra la tarde—contra el viento—  
contra el paisaje de hojas volanderas—  
se alzó mi corazón.

¿Qué más querías?

Las ojeras de niebla de la tarde angustiada  
te precedan llorosas

por el rumbo nostálgico que le abro a tu recuerdo  
es el mismo paisaje—pero estoy solo.

estoy solo—

recordando tu amante lejanía.

Aquí te amé

Aquí te amé

mujer distante y todavía mía.

Y se lleva la tarde mi canción obstinada.

La tutela de García Lorca, fué principalmente ejercida sobre Claudia Lars y sobre mí. Ella y yo publicamos libros de romances. Ella, más fina y cultivada, los hizo mejores. Seguid conmigo el que hizo a la muerte del poeta gitano:

ROMANCE DEL ROMANCERO GITANO

Madre, cuanto yo me muera que  
lo sepan los señores, Por telegramas  
azules que vayan del Sur al  
Norte.—F. G. L.

Fué en su Granada de siglos,  
erguida en múltiples torres,  
y cantada en voces altas  
de cristales y de bronces.  
Fué en el campo silencioso  
que se abraza con el monte,  
y entra en la ciudad morisca  
con un delantal de flores.  
Fué cuando el día naciente  
suelta rojos pabellones,  
y los últimos luceros  
fingen lejanos faroles.  
En hora larga de angustia,  
oyendo los ecos dobles  
que trenzaban en el viento  
gemidos de corazones.

Entre saña de fusi es,  
mirando hacia el horizonte,  
iba, valiente y sereno,  
sin doblar el cuerpo joven.  
Vencedor siempre vencido.

Modernísimo San Jorge.  
Estatua de gallardía.  
Arcángel de alas veloces  
que en el azul presintiera  
camino de resplandores.

Una descarga cerrada  
arrojó, de un solo golpe,  
lluvia de plomo, en la entraña  
donde la vida s'esconde.  
Y la muerte, compañera,  
en su regazo le acoge,  
y venda la herida oscura  
con vendas que no se rompen.

Quiso el vergel ofrecerle  
suave almohadilla de olores,  
pero revuelo de balas  
quebraba tallos temblones,  
y no había clavelinas,  
ni nardos, ni girasoles.

Labios gitanos gritaban  
lamento de unidas voces,  
y escribían en el suelo  
con sangre tibia, su nombre.  
Preciosa rompió en el aire  
su pandero de colores,  
y su sollozo de niña  
no lograba ser conforme.  
Llegó Soledad Montoya,  
por senderos que conoce,  
trayendo su Pena Negra  
y un recado de los pobres.

La Casada Infiel espiaba,  
desde remotos balcones,  
con la espantada pupila  
llena de vivos rencores.  
Y una golondrina errante  
Lloró lágrima salobre,  
y contó la historia horrible  
por el Sur y por el Norte.

Duerme el poeta en el sueño  
que vuelve a las sombras dioses.  
Sobre su carne gitana  
ya revientan frescos brotes.  
Quedan su gracia y su fuerza,  
en estas horas de noche,  
germinando en la oscurana  
como semilla de soles.

Y este es un romance mío, de la época Garcí-lorquiana:

ROMANCE DE LA NOCHE MADURA

Están las frondas dormidas.  
Sobre la noche madura  
vienen galopando estrellas  
en el dombo de la luna.  
Los pozos están tranquilos  
con tranquilidad desnuda  
y hay en las calles desiertas  
una áspera sed de duna.  
Dos ojos negros relucen,  
en un silencio de lluvia  
como dos palabras dichas  
sobre la noche madura.

Déjame que cante versos,  
mujer de la noche oscura,  
que en las copas de los árboles  
hay un susurro que fuma  
un silencio hecho cigarro  
por los dedos de una bruja.  
Déjame que cante versos,  
mujer de la vista cruda.  
Vienen galopando estrellas  
sobre la noche madura.

Venturosamente, los críticos nos llamaron la atención, y Claudia y yo tratamos de encontrar nuestros propios veneros. Creo, en realidad, que ya pasó la época de Neruda y García Lorca en El Salvador. Escuchad, que al caso viene, otro poema de Claudia y otro mío, escritos mucho después:

#### ARBOL DE SANGRE

Esta herida me duele con dolor deleitoso.  
abierta como un surco, en su fondo germina  
semilla amarga y dulce que ha de erguirse, callada,  
en el tronco de fuerza y en la rama florida.

Arbol gigante y bello que juega con las nubes,  
su cabellera densa, peinada por la brisa,  
esconderá el arrullo de la paloma viuda  
y el primor complicado de la frágil orquídea.

Llegarán, en bandadas, mariposas de junio.  
Han de libar sus mieles abejas bailarinas.  
Y en la quietud nocturna, luciérnagas fugaces  
mecarán en las hojas sus ténues candelitas.

Será la casa oculta del animal huraño.  
Ha de lamer la bestia su raíz retorcida.  
Y quebrando jornadas el viajero del mundo  
apoyará en su tronco la carne de fatiga.

Rumoroso de trinos y adornado de gajos,  
meciendo bajo el sol frescura de caricia,  
con sus ventanas verdes por donde el cielo pasa,  
y en la corteza dura cicatrices perdidas,

recogerá los ecos de músicas errantes,  
vibrando como un arpa que se toca a sordina;  
y cuando suene el grito de la tormenta loca,  
abrigrará los miedos que en soledad palpitan.

Su savia de dolor, potente y victoriosa,  
multiplicada en cantos, trocada en gallardía,  
empinada al azul y en el lodo sembrada,  
ha de ofrendarse a todos en dádiva sencilla.

Y tal vez una tarde, cuando estés viejo y solo,  
y en el recuerdo se abran puertas de lejanía,  
te ha de llegar un soplo de fragancia olvidada...  
¡Sangre transfigurada en florecencia viva!

### LA CIUDAD DE LOS MUERTOS

Puerto de tumbas blancas: el silencio se espesa  
cuando llega a tus brazos de mármol y de cal.  
La noche misma—amarga—se aclara en tu regazo,  
y el viento te enamora junto a la eternidad.

Puerto de tumbas blancas, rada en que la ternura  
detiene sus esquifes y se pone a llorar:

la leche de los astros te amamantó en su seno  
para que fueses dulce como un vaso de paz.  
Corre por tus jardines un agua que no vemos,  
viene desde el enigma, y hacia el enigma va.  
Se filtra por la tierra porosa en que te duermes  
y riega las raíces negras de la orfandad.

De ti surgirán árboles, ciudad de tumbas blancas,  
porque hay bajo tus lápidas instinto vegetal,  
porque los muertos mismos son árboles vencidos  
por el hacha del tiempo, que los llegó a talar.

En ti se hundirán todas las palabras celestes  
para brotar de ti como un responso más.  
Tu has de aplacar los ímpetus insensatos del hombre  
cuando lo dejes rígido, solo en la soledad.

Puerto de tumbas blancas: todos los que llegaron  
con la espuma del llanto, los que en tu playa están,  
os que aun no han brotado de la tierra prolífica,  
todos los que tenemos emoción y ansiedad,

te daremos las gracias cuando llegue la hora  
de arrancarnos las velas del mástil, y de anclar.  
Te daremos las gracias por tus brazos maternos  
y por el agua leve con que nos ungirás.

Si vamos hacia el logro de una poesía Centro Americana?  
Afirmo rotundamente: *No*. Vamos hacia el logro de la *poesía*,  
que no se limita al tiempo ni al espacio. Lo contrario sería tener un concepto muy pobre y restringido de lo que el arte representa. No estamos en poesía al servicio de causas políticas ni patrióticas. Y repítase, si se quiere, la fórmula vieja: *El arte*

por el arte. Yo la repito con toda valentía, a despecho de Plajanov y sus secuaces. Si el arte desempeña función social, he afirmado siempre, no es porque intente desempeñarla, sino sencilla, llanamente, porque *es arte*, y a mayor pureza, mayor efectividad.

#### IV.—NOVELA Y CUENTO EN EL SALVADOR

Quizá no haya entre los géneros literarios otro que, como el novelesco, exija tan larga gestación en la vida de los pueblos. Más que un fenómeno puramente literario, éste del nacimiento del relato y la novela, se me antoja un fenómeno sociológico. Y es claro: antes de que surja el cuento o la novela como producto de un carácter, es menester que tal carácter exista. Y esta «personalidad» de cada pueblo es ya asunto de sociología. La sangre, el clima, el tiempo, la riqueza, el lenguaje y mil factores más, quedan así, en la sombra, anónimos y humildes, respaldando cada frase del cuentista sin que él parezca advertirlo. Cuando la «personalidad colectiva», a través de mil luchas y fracasos, a través de mil empeños y errores, ha logrado compactarse y unificarse, ha surgido la nación. Para el jurista, faltarán aún algunos elementos constitutivos: para el artista no. Porque la nación del artista es el arte mismo, su repercusión, su futura posibilidad.

Nosotros teníamos en Centro América dos líneas que encauzar, y encauzarlas no era labor para un hombre, sino para muchas generaciones, para la vida misma. Si una, era línea indígena, sentido bélico, amor a la fastuosidad de las plumas y los colores, lengua propia, tradición propia, imaginación desenfrenada, la otra, era línea ibérica. Mosaico ibérico mejor: Andalucía y Madrid y los moros, el rey, las leyes, las armas, Isabel, Felipe. Sentido bélico también; pero sin flechas. Amor a la fastuosidad de los templos, coraje y misticismo. La «mezcla» según acepción de químicos, no podía solucionar el problema: era menester la combinación, en donde se fundieran las dos sangres para for-

mar otra distinta, en donde se fundieran las dos almas de Ruy Díaz y Netzahualcoyotl, bajo el palio encendido de los trópicos.

Filo fué, cuando muchos otoños deshojaron el árbol fresco de muchos calendarios. Cuando Ruy Díaz se convirtió en Francisco Morazán, y aún después, cuando Netzahualcoyotl se trocó en Rubén Darío.

Centro América es joven. Su emancipación política data de 1821. De tal manera, el cuento es novedad de las letras contemporáneas y la novela todavía no ha surgido.

Como Guatemala fué sede de la Capitanía General, allí se formó antes una tradición de cultura. Y allí brotaron los primeros atisbos de cuentos y novelas. No extrañará, pues, el que esa nación vecina y hermana tenga en este sentido, como en muchos otros, un acervo mayor.

Novela, decía, aun no tenemos en mi tierra. Se han hecho algunos ensayos acertados, empero, no pasan de ser ensayos. Don Alberto Masferrer, filósofo y maestro que es orgullo de las letras salvadoreñas, hizo varios intentos, como el titulado: «Una Vida en el Cine». El jurisconsulto José Leiva publicó, hace pocos años, otro ensayo, titulado «El Indio Juan». Fué un paso más. Entre los literatos más nuevos hay una corriente de afanes hacia la conquista de una novela nuestra. «O-Yarkandal», «El Señor de la Burbuja» y «El Cristo Negro» forman la contribución de Salvador Salazar Arrué, el protéico y admirado Salarrué. «Las Tinajas» es el libro que aporta Ramón González Montalvo, joven y vigoroso. «Trenes», se llama el esfuerzo que ha hecho en este sendero el joyante Miguel Angel Espino. A pesar de estos bellos trabajos—¡que son bellos, en verdad!—sigo considerando que aun faltan elementos para constituir la novela. Pareciere que somos por naturaleza inclinados a la divagación, poco amigos del relato sujeto a plan premeditado y preferimos «cortar poemas». Los libros que he citado tienen todos esta faceta poética: «O-Yarkandal», «Remontando el Uluán» y «El Señor de la Burbuja» son aventuras de Salarrué en miríficas

regiones de ensueño, quizá en el mismo sitio actual, como diría un teósofo, que el gran pintor que es este mismo literato, evoca en su lienzo «*Ensueño del Trópico*». «*El Cristo Negro*», de Salarrué también, es ya un acierto más efectivo en el campo de la novela, sin dejar por ello de ser un poema profundamente humano y filosófico. Es que Fray Uraco de la Selva, hijo de Argo de la Selva y la princesa india Txinké, ama a Jesús con la más honda de las devociones, y quiere, como el Maestro, redimir al hombre de sus pecados. Pero no sigue camino de prédica ni ruta de ejemplo. Escoge dirección contraria y se convierte en el más temible pecador, no por vicio o placer, sino por sacrificio. Estupra, roba, mata, para evitar que estupren, roben, maten, aquéllos que se encuentran aferrados al instinto criminal. Así, cuando un hombre piensa sustraer los copones sagrados de la iglesia, róbalos el propio Fray Uraco, evitando que sobre hombros ajenos caiga la responsabilidad. El quisiera condenarse al más trágico de los círculos dantescos, a trueque de una pureza definitiva de la humanidad, y por sus piadosos sentimientos, este santo infernal es un día condenado a la cruz. Queda su cuerpo, moreno y desangrado, sobre una colina. Acierta a pasar por allí Quirio Cataño, el escultor y la inspiración baja a sus manos milagrosas, que modelan al Cristo Negro, al Cristo de Esquipulas, en Guatemala, efigie de sobrenaturales dones, según el decir de la gente; Cristo de muchos devotos al cual Francio Sequeira y un servidor, incondicionales partidarios de la Unión Central Americana, propusimos se llamase «*Nuestro Señor de Centro América*».

Como se ve, Salarrué tiene en esta obra una delicada sutileza, y el argumento ya es argumento novelesco. Pero algo falta para que esta obrita sea en verdad una novela: la extensión. En un formato de catecismo o libro de oraciones, no llega «*El Cristo Negro*» a las cien páginas, a pesar de los aportes de capítulo y los trozos que la estética de los tipógrafos prefirió dejar en blanco.

«*Las Tinajas*» de González Montalvo parece ser, como no-

vela, lo más completo que allá se ha logrado producir hasta el momento. Ramón, conocedor de los recursos técnicos del cuento, hábil y fluído en el estilo y amador profundo de la campiña y de sus gentes, era el llamado a escribir esa hermosa obra, aún inédita. Creemos que éste es ya uno de los puntos efectivos de la Literatura salvadoreña en cuanto al género se refiere, y esperamos de los talentos de González Montalvo obras nuevas que vengán a dar consistencia a su tiempo y a formar tradición en el ambiente.

Hace un momento hablé de «Trenes» de Miguel Angel Espino. El autor llama «novela» a su obra. Parodiando a Unamuno, yo prefiero llamarla «nivola». Es una niebla, maravillosa, pléutica de sorpresas y dulzuras; pero una niebla. Los personajes son tomadizos y evanescentes. Como aquél escultor de que nos habla Papini, este joyante prosista, Miguel Angel Espino, se entretiene modelando bellas figuras de humo, para que el viento pase y no quede más en el ambiente que el fracaso rútilo del fantasma diluído y la esperanza luminosa del que surgirá más tarde bajo los dedos. Son «trenes» locos que van hacia ninguna parte, y en el hastío de cada estación, inventan la silueta absurda de una mujer. Es la prisa hecha prosa: el afán viajero convertido en poema que no se entiende, y, sin embargo, se cata deleitosamente. Cuando el tren se para, hay una fuga de estaciones. Mediten los filósofos y asómbrense los poetas...

El cuento sí, tiene ya unidad y firmeza en El Salvador. Su primer cultivador fué Arturo Ambroggi nacido en San Salvador en 1875 y muerto en la misma ciudad, en 1936. Aventure-ro incansable, recorrió Asia, Europa y América, y de sus andanzas por estos continentes escribió y editó bellos libros. Sus cuentos—y la afirmación parece paradójica!—aun más descriptivos que narrativos. Producto del relato de viaje y de la crónica fué el estilo de este hombre. Vivió mucho y vió mucho. Exacto en el detalle, justo en la apreciación, nos legó páginas de un realismo sorprendente, salpimentado de vocablos gruesos y jugosos, de

los que emplea nuestra gente campesina. No faltó quien achacara ésto al escritor como un defecto. Personalmente, no me lo parece: es la expresión fiel de una realidad; más, en el caso de que esto fuera, como otros afirman, un vicio en la literatura de Ambroggi, no amenguaría sus méritos: él continuaría siendo el pionero de nuestros cuentistas. Dejadme leeros un trozo de «La Muerte del Rey Moro», una de sus más bellas páginas, para daros una idea más aproximada de los dones descriptivos que caracterizan a este gran escritor: —Hay, allá en C. A. una costumbre pintoresca. Los indios, ornados por insignias multicolores y llevando máscaras grotescas, representan la lucha de moros y cristianos en una especie de danza teatral primitiva, sazónada con versitos cómicos y cuartetos agresivos. Los papeles de Rey Moro y Rey Cristiano son hereditarios. Pertenecen a una como aristocracia indígena, y es de rigor para el hijo seguir desempeñando el rol del padre en la comedia. Ambroggi pinta, aquí la muerte de uno de esos tradicionales reyes moros:

«El Rey Moro bailaba. El Rey Moro saltaba, haciendo rebotar sobre el pecho los macacos que agobiaban con su peso los collares, anudados de reliquias de colores. El Rey Moro blandía la guacaluda (espada). Raspaba con ella el suelo para infundir pavor a los cristianos. El Rey Moro ahuecaba de tal manera la voz, que ésta parecía surgida del fondo de una caverna. Y el viejito sonrió. Sonrió inefablemente. Con todo el resto de alegría, con todo el resto de regocijo que pudo quedarle en la entraña de su ser. Y además, «pudo ver». Y vió, claro, distinto al Rey Moro que bailaba. Sonaba, más recio, el zapateado. Rebotaban, más ruidosos, los pesados macacos de los collares. El rayar de la «guacaluda» en el suelo era aún más tremebundo. Huían los cristianos. Y ante esa visión que se agrandaba, que se desproporcionaba a su vista, el viejito seguía sonriendo, seguía sonriendo de manera inefable. El viejito era feliz. Y así se fué quedando dormido, se fué quedando dormido. La mirada turbia se apagó en sus pupilas, como se extingue, al cabo, ahogada en el aceite

que la alimenta, la llama de una veladora. El viejito se durmió como sobre una almohada de plumas en el seno de la muerte. ¡Pobre viejito iluso, pobre viejito sencillo y cándido! Las pupilas, muertas, seguían riendo. En los labios enlividecidos, había quedado cuajada una inefable sonrisa. Entretanto, el Rey Moro seguía bailando, seguía bailando sin cesar».

Ambroggi es escritor del siglo pasado: su estilo, si ágil y puro, no tenía la virtud lacónica de las páginas nuevas, de aquí que sus cuentos se extendiesen en detalles y adquiriesen proporciones excesivas. Por eso, para la última generación, son, al mismo tiempo, admirados, queridos y poco amenos.

Llegó Salarrué. El mismo autor de ensayos de novela. El mismo pintor. El mismo filósofo y poeta. Salvador Salazar Arrué, multiforme, protéico y polícromo, que ya gana un premio en exposiciones internacionales de lienzos, ya agrega un laurel a su corona en justas de letras. Salarrué se acercó al indio y lo desnudó de su historia, porque era menester hacer «el cuento salvadoreño de hoy». Lo desnudó también de detalles. Y apareció por fin el campesino de la región, como tallado a golpes de hacha, o modelado con prisa de alfarero nervioso, en «Cuentos de Barro», ese volumen que guarda tantas joyas desconocidas fuera de El Salvador. La virtud fundamental de Salarrué, no es el conocimiento del indio, como la de Ambroggi, sino algo más alto y completo: la *comprensión* del indio. Cuando Salarrué habla, habla uno de esos campesinos indoctos y sufridos, que escuchan con más claridad el eco del sentimiento que la voz de la razón. Bajo este don comprensivo, el *calor humano* de la obra halla un hueco de reposo, y anida allí, potente y tierno. En «Semos malos» por ejemplo, los bandidos que en las selvas de Honduras robaron al pobre peón caminante, después de matarlo, el «fonógrafo» con que él se ganaba la vida, los bandidos despiadados y brutales, lloran con la canción gangosa del aparato, y, como un *mea culpa* agreste y primitivo, dejan escapar su «¡se-mos malos!». Es la voz de aquélla raza, capaz del crimen y del

arrepentimiento. Es la verdad de aquella sangre nuestra, bélica y mística. Es el «calor humano», bajo el alero de la comprensión.

Por otra parte y otra ocasión dijimos que Salarrué tiene en pintura concepciones genuinamente poéticas, y en Literatura lineamientos pictóricos. No es el ojo detallista: es el ojo colorista. No dibuja contornos ni esfumina nubes: da golpes de espátula y crea, que no copia, el paisaje. Yo os leeré uno de sus cuentos breves, éste que se llama «La Botija», para que vosotros catéis la intensidad y verosimilitud de los «Cuentos de Barro», verdadera conquista de la literatura salvadoreña:

## LA BOTIJA

Por Salvador Salazar Arrué (Salarrué)

José Pashaca era un cuerpo tirado en un cuero; el cuero era un cuero tirado en un rancho; el rancho era un rancho tirado en una ladera.

Petrona Pulunto era la nana de aquella boca:

—¡Hijo: abrí los ojos; ya hasta la color de que los tenés se me olvidó!

José Pashaca pujaba, y a lo mucho encogía la pata.

—¿Qué quiere mama?

—¡Qué necesario que tificiés en algo, ya tás indio entero!

—¡Agüen!...

Algo se regeneró el holgazán: de dormir pasó a estar triste, bostezando.

Un día entró Ulogio Isho con un cuenterete: Era un como sapo de piedra, que se había hallado arando. Tenía el sapo un collar de pelotitas y tres hoyos: uno en la boca y dos en los ojos.

—¡Qué feyo este baboso!—llegó diciendo. Se carcajaba—; meramente el tuerto Cande!...

Y lo dejó, para que jugaran los cipotes de la María Elena.

Pero a los dos días llegó el anciano Bashuto, y en viendo el sapo dijo:

—Estas cositas son obra denantes, de los agüelos de nosotros. En las aradas se incuentran catizumbada. También se hallan botijas llenas dioro.

José Pashaca se dignó arrugar el pellejo que tenía entre los ojos, allí donde los demás llevan la frente.

—¿Cómo es eso, ño Bashuto?

Bashuto se desprendió del puro, y tiró por un lado una escupida grande como un caíte, y así sonora.

—Cuestiones de la suerte, hombré. ¡Vos vas arando y plos!, derrepente pegás en la huaca, y yastuvo; tihacés de plata.

—¡Achís!, ¿en veras, ño Bashuto?

—¡Comolóis!

Bashuto se prendió al puro con toda la fuerza de sus arrugas, y se fué en humo. Enseguiditas contó mil hallazgos de botijas, todos los cuales «él bía prisenciado con estos ojos». Cuando se fué, se fué sin darse cuenta de que, de lo dicho, dejaba las cáscaras.

Como en esos días se murió la Petrona Pulunto, José levantó la boca y la llevó caminando por la vecindad, sin resultados nutritivos. Comió majonchos robados, y se decidió a buscar botijas. Para ello, se puso a la cola de un arado y empujó. Tras la reja iban arando sus ojos. Y así fué como José Pashaca llegó a ser el indio más holgazán y a la vez el más laborioso de todos los del lugar. Trabajaba sin trabajar—por lo menos sin darse cuenta—y trabajaba tanto, que las horas coloradas le hallaban siempre sudoroso, con la mano en la mancera y los ojos en el surco.

Piojo de las lomas, caspeaba ávido la tierra negra, siempre mirando el suelo con tanta atención, que parecía como si entre los borbullos de tierra hubiera ido dejando sembrada el alma. Pa que nacieran perezas; por que eso sí. Pashaca se sabía el indio más sin oficio del valle. El no trabajaba. ¡El buscaba las bo-

tijas llenas de bambas doradas, que hacen «plocosh!» cuando la reja las topa, y vomitan plata y oro, como el agua del charco cuando el sol comienza a ispiar detrás de lo del ductor Martínez, que son los llanos que topan al cielo .

Tan grande como él se hacía, así se hacía de grande su obsesión. La ambición más que el hambre, le había separado del cuero y lo había empujado a las laderas de los cerros; donde aró, aró, desde la gritería de los gallos que se tragan las estrellas, hasta la hora en que el guas ronco y lúgubre, parado en los ganchos de la ceiba, puya el silencio con sus gritos destemplados.

Pashaca se peleaba las lomas. El patrón, que se asombraba del milagro que hiciera de José el más laborioso colono, dábale con gusto y sin medida luengas tierras, que el indio soñador de tesoros rascaba con el ojo presto a dar aviso en el corazón, para que éste cayera sobre la botija como un trapo de amor y ocultamiento. Y Pashaca sembraba, por fuerza, porque el patrón exigía los censos. Por fuerza, también tenía Pashaca que cosechar, y por fuerza que cobrar el grano abundante de su cosecha, cuyo producto iba guardando despreocupadamente en un hoyo del rancho, por siacaso.

Ninguno de los colonos se sentía con hígado suficiente para llevar a cabo una labor como la de José. «Es el hombre de hierro»: «ende que le entró asaber qué, se propuso hacer pisto. Ya tendrá una buena huaca...».

Pero José Pashaca no se daba cuenta de que, en realidad, tenía huaca. Lo que él buscaba sin desmayo era una botija, y siendo como se decía que las enterraban en las aradas, allí por fuerza la encontraría tarde o temprano.

Se había hecho no sólo trabajador, al ver de los vecinos, si no hasta generoso. En cuanto tenía un día de no poder arar, por no tener tierra cedida, les ayudaba a los otros, les mandaba descansar y se quedaba arando por ellos. Y lo hacía bien: los surcos de su reja iban siempre pegaditos, chachados y projundos, que daban gusto,

—¡Onde te metés, babosada!—pensaba el indio sin darse por vencido—. Y tei de topar, aunque no querrás, así mihaya de tronchar en los surcos.

Y así fué; no lo del encuentro sino lo de la tronchada.

Un día, a la hora en que se verdeya el cielo y en que los ríos se hacen rayas blancas en los llanos. José Pashaca se dió cuenta de que ya no había botijas. Se lo avisó un desmayo con calentura; se dobló en la mancera; los bueyes se fueron parando, como si la reja se hubiera enredado en el raizal de la sombra. Los hallaron negros, contra el cielo claro, voltiando a ver al indio embruecado, resollando el viento oscuro».

José Pashaca se puso malo. No quiso que naide lo cuidara. «Dende que bía finado la Petrona, vivía íngrimo en su rancho».

Una noche, haciendo juerzas de tripas, salió sigiloso llevando, en su cántaro viejo, su huaca. Se agachaba detrás de los matochos cuando óiba ruidos, y así se estuvo haciendo un hoyo con la cuma. Se quejaba a ratos, rendido, pero luego seguía con brío su tarea. Metió en el hoyo el cántaro, lo tapó bien tapado, borró todo rastro de tierra removida; y alzando sus brazos de bejuco hacia las estrellas, dejó ir liadas en un suspiro estas palabras:

—¡Vaya: pa que no se diga que ya nuai botijas en las aradas!...

José Pashaca es el indio que trata de reivindicar su ilusión. Evidentemente, los hombres blancos que llegaron de España le robaron, más que oro, el derecho al ensueño. Raza vencida y hostigada y esclavizada, la raza indígena esperaba el momento de la reconquista de lo perdido, siquiera fuese de su derecho a la esperanza. Eso ha hecho José Pashaca al enterrar las economías que logró a costa de su vida «pa que naiden diga que no hay botijas en las aradas». Sembrar una ilusión. Ya la veremos, un día, floreciendo sobre el trópico feraz.

Ramón González Montalvo, sin ser un imitador, tiene algunas de las virtudes de Salarrué. Sobre todo, la de sugerencia.

Pareciera que en González Montalvo se equilibran el detallismo de Ambroggi y la comprensión global de Salazar Arrué; pero aún es muy joven y no ha llegado la hora de juzgarlo en definitiva. Es algo más que promesa, sin embargo: es ya una realidad. Y es algo más que realidad: horizonte.

Estos son los hombres que allá, en mi tierra ausente, luchan por la conquista de la propia expresión. Los anima la evidencia profética, porque América, hoy más que nunca, sin abandonar el lenguaje que Iberia nos legara, va hacia la formación de un idioma que sepa expresar la valentía de sus hombres, la belleza de sus paisajes y la dulzura maternalicia de sus mujeres.